

IX JORNADAS DE ESTUDIANTES,
TESISTAS Y BECARIXS

PRODUCIR CONOCIMIENTOS
SITUADOS EN CIENCIAS SOCIALES:
APUESTAS Y RETOS EN LA
• ESCRITURA Y DIVULGACIÓN
•

OCTUBRE Y NOVIEMBRE 2020

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

IX JORNADAS DE ESTUDIANTES, TESISISTAS Y BECARIXS

Producir conocimientos situados en ciencias sociales: apuestas y retos en la escritura y divulgación

**Octubre y noviembre de 2020
CEA / IIFAP / CIECS / IPSIS
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Córdoba
Compiladorxs**

Rodrigo Bruera / Romina Cravero / Baal Delupi / Nicolás Giménez Venezia / Macarena Roldán
Milena Salinas Gómez / Melisa Suárez

IX Jornadas de estudiantes, tesisistas y becarixs : producir conocimientos situados en ciencias sociales : apuestas y retos en la escritura y divulgación / compilación de Rodrigo Bruera ... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Centro de Estudios Avanzados, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-1751-98-3

1. Ciencias Sociales. 2. Escritura. 3. Comunicación. I. Bruera, Rodrigo, comp.
CDD 300.71

Corrección, edición y diseño: Lago editora.
© Centro de Estudios Avanzados, 2021.

Universidad Nacional de Córdoba
Rector: Dr. Hugo Oscar Juri
Vicerrector: Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira

Facultad de Ciencias Sociales
Decana: Mgter. María Inés Peralta
Vicedecana: Mgter. Jacinta Buriyovich
Secretaria de Investigación: Dra. Liliana Córdoba

Centro de Estudios Avanzados
Directora: Dra. Adriana Boria
Coordinador de Investigación: Dr. Marcelo Casarin

Instituto de Investigación y Formación en Administración Pública
Director ejecutivo: Dr. Sergio Obeide
Coordinadora de Investigación: Mgter. Silvana Fernández

Instituto de Política, Sociedad e Intervención Social
Directora: Dra. Cristina Gonzalez

Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (Conicet-UNC)
Director CIECS-CONICET-FCS: Dr. Adrián Carbonetti
Vicedirector: Dr. Luis Tognetti

ÍNDICE

Prólogo	5
Comisión organizadora	
Mesa 1. Agentes de la economía y el capital.	
Del neoliberalismo a los espacios de resistencia popular	7
Moderación: Romina Cravero	
Reflexiones en torno al espacio vincular <i>entre mujeres</i> del Cinturón Verde de Córdoba, Argentina	8
Luciana Dezzotti y Mariana Butinof	
Cálculos y oráculos: notas sobre el capitalismo de plataformas	18
Jacinta Gorriti	
La Economía Social y Solidaria: debates actuales para enfrentar los desafíos en Argentina	27
Juan Gabriel Vélez	
“Sé vos”. Pensando la escritura académica desde la investigación militante	35
Mariano Schejter	
Mesa 2. Construcción de subjetividades en el arte, los discursos sociales y el poder	43
Moderación: Baal Delupi	
Tejiendo memorias en clave feminista: participación política e historias de vida de mujeres durante la última dictadura cívico-militar en Córdoba	
Martina Molina Graci y Milagros Pedernera	44
Reorganización sexual de la nación: ¿es la memoria es un privilegio cis-heterosexual?	53
Luciana Victoria Almada	
Cuando el arte sale a las calles: Derroteros del activismo artístico en la ciudad de Córdoba	64
Baal Delupi	

Cálculos y oráculos: notas sobre el capitalismo de plataformas

Jacinta Gorriti

CIECS – CONICET – UNC¹

La transformación radical de la matriz productiva propia del capitalismo digital no es un simple cuento de hadas o una mistificación que esconde una verdad esencial de las relaciones productivas del pasado. Para comprender el destino del capitalismo argentino, y su lugar en las tramas globales y regionales, hay que aceptar una serie de importantes mutaciones sociales y tecnológicas que en nuestros días alteran realmente la dinámica de la economía y la producción de valor. Lograr esto por fuera de las redes de la ideología más rancia, del optimismo más ridículo y de los intereses más espurios que caracterizaron siempre a la patria contratista pero también a sus socios transnacionales es el desafío del presente (Los dueños del futuro, Hernán Vanoli y Alejandro Galliano)

Teletrabajo, clases por *Zoom* y *Meet*, videollamadas, posteos, archivos de *Drive*, mails. El encierro mediado por tecnologías digitales en el que nos encontramos a raíz de la pandemia de Covid-19 ha acelerado aún más un proceso que lleva décadas: la expansión del *capitalismo de plataformas*, como denomina Nick Srnicek (2018) al nuevo modelo de negocios orientado a la extracción de datos que, surgido a comienzos del siglo XXI, vino a dinamizar un contexto económico largamente estancado por el agotamiento del sistema industrial clásico en países centrales. Como emergente de una historia más amplia de desarrollos, avances y paradigmas tecnocientíficos, de modos de gobierno, batallas geopolíticas y crisis económicas, esta forma de capitalismo puso en primer plano a las corporaciones tecnológicas (mayormente de origen estadounidense) propietarias de plataformas que operan globalmente y que se han convertido en infraestructuras elementales en el mundo actual. No es casual, entonces, que estas hayan sido prácticamente los únicos actores mundiales privilegiados durante la histórica recesión de 2020. Mientras que la economía mundial cayó cerca de cinco puntos en el primer cuatrimestre del año, las GAFA (Google, Apple, Facebook y Amazon) acumularon una ganancia de 38 mil millones de dólares en conjunto.² Con el aumento de las compras *online*, la generalización del *homeoffice* y el uso extendido de las redes sociales, ha quedado en evidencia hasta qué punto aquellas corporaciones concentran soportes tecnológicos fundamentales para las sociedades contemporáneas y cuánto hemos relegado en estas nuestra capacidad de decisión acerca de sus formas, funcionamiento, diseño y alcances.

Se suele explicar el éxito de compañías como Google o Facebook por la genialidad de sus creadores. Ahora bien, han sido los Estados (y no los emprendedores en sus garajes) los que iniciaron y apoyaron el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en sus diferentes etapas, por su capacidad para llevar adelante las inversiones extraordinarias y riesgosas a largo plazo requeridas (Castells, 2001, 2002; Mazzucatto, 2019). Al entender a los

¹ jacinta.gorriti@mi.unc.edu.ar

² Cf.: Wakabayashi *et al*, 2020. Aquí me ocupo de Alphabet, la compañía matriz de Google. Sin embargo, como esta corporación aún es conocida por el nombre de su principal firma y su núcleo de productos y servicios, me refiero a ella como Google.

Estados como los lugares donde se condensan en una unidad compleja las relaciones de poder que atraviesan a una sociedad (Poulantzas, 2001, 2005), estos aparecen también como mediadores *no neutrales* de los intereses de las compañías que sostienen de manera directa e indirecta. Igualmente, estas últimas pueden funcionar como portadoras de los proyectos de Estado y los modelos de desarrollo en los que surgen y/o que facilitan su crecimiento. De este modo, dado que la configuración interna de fuerzas en los Estados al igual que las relaciones interestatales juegan un papel importante en el modo en que se precipitan las tecnologías que se desarrollan en las distintas latitudes, un análisis del lugar central que tienen aquellas firmas en el capitalismo actual requiere también entender las dinámicas políticas y estatales en las que se inscriben. Aunque una tarea semejante excede ampliamente los límites de este trabajo, es la premisa de la que parto en este trabajo para reponer algunos conceptos claves para pensar la novedad que involucra el modo de gobierno que introducen las plataformas digitales y el rol de los Estados en este escenario.

La vigilancia como método: Google y el poder instrumental

Es difícil sobrevalorar la importancia que han tenido esas grandes compañías tecnológicas en la transformación del capitalismo mundial en las últimas décadas. En particular, la irrupción de Google a fines de la década de 1990 cuando Internet era un campo abierto a la exploración y explotación comercial constituye un acontecimiento fundamental del mundo contemporáneo: es el comienzo de un nuevo estilo de acumulación de capital que cambió las reglas de juego de la economía global. Google no solamente modificó los usos, los alcances y la fisonomía de Internet, sino que además marcó el camino económico y técnico de los demás actores en este terreno. El modelo de extracción, análisis y almacenamiento masivo de datos que introdujo ha sido adoptado por la inmensa mayoría de las compañías que operan online (es el modelo que adoptaron también otros gigantes tecnológicos como Facebook y Amazon) y se ha expandido al resto de la economía bajo el formato de las plataformas, a partir del cual operan industrias, organizaciones e instituciones de todo tipo y en todo el mundo. De esta manera, el modelo de las plataformas tecnológicas se ha vuelto el imperativo económico que atraviesa los mercados mundiales (Srnicek 2018, Zuboff, 2020) y ha contribuido a sedimentar la narrativa dominante en la actualidad: que son estas firmas privadas las que crean valor mediante la producción de unas tecnologías disruptivas (Mazzucato, 2018) capaces de solucionar de manera eficaz todo conflicto social mediante procedimientos automatizados.

Es fácil caer en cierta mistificación de la historia reciente, al igual que en una “fetichización” de las plataformas, cuando se asume la importancia que tienen en nuestra vida cotidiana y se consideran las novedades que involucra su modo de funcionamiento respecto de otras formas tecnológicas. Sin embargo, también existe el peligro contrario: que su inscripción en una trama histórica más amplia diluya su especificidad e impida comprender los desafíos sin precedentes que involucran. De acuerdo con Shoshana Zuboff (2020), la velocidad de las transformaciones sociales que aquellas corporaciones introdujeron, las dificultades para entender técnicamente cómo funcionan sus tecnologías de base, el secretismo con que envuelven sus operaciones y el

carácter indispensable que han adquirido sus productos y servicios digitales, entre otros, han obstaculizado una teorización sobre el tipo de poder que ejercen y, por lo tanto, cualquier rebatimiento sistemático de sus prácticas. Así, Zuboff define como *capitalismo de la vigilancia* a la lógica económica que aparece con los métodos de extracción y procesamiento masivo de datos elaborados de forma pionera por Google. En los términos de la autora, Google es para el capitalismo de la vigilancia lo que General Motors fue para el capitalismo gerencial del siglo XX: quien abrió el camino con su experimentación e implementación (Zuboff, 2020). Desde el presente, bajo la luz de la pandemia, toma otra magnitud la frase de Éric Schmidt (quien fuera CEO de Google) de acuerdo con la cual casi nada, excepto un virus biológico, puede escalar de manera tan rápida, eficiente y agresiva como estas plataformas tecnológicas, lo que vuelve poderosos a quienes las construyen, controlan y utilizan (Schmidt y Cohen, 2013). Aunque no lo diga, es evidente la jerarquía de posiciones de poder que se inscribe en esta fórmula entre quienes las construyen y controlan y quienes solamente hacen uso de ellas. Ahora bien, cabe preguntarse de qué tipo de poder se trata y si es tan efectivo e indiscutible como sus propios ejecutores –y muchos de sus críticos– afirman.

Para Zuboff (2020), el invento de Google que revolucionó la economía digital del siglo XXI no fue, como se esperaría, el algoritmo (PageRank) que organiza los resultados en su motor de búsqueda, sino el mecanismo de la *publicidad dirigida*. Google descubrió que las memorias caché de los datos producidos fortuitamente por sus usuarios (el tiempo que dura la búsqueda, los términos que utilizan, las pautas de clickeo, la ubicación geográfica, etc.) tenían un enorme potencial para generar ganancias, pues permitían rastrear los intereses y necesidades de los usuarios de forma individualizada a partir de las señales que dejaban sus actividades digitales. De esta manera, los datos que antes eran un subproducto residual de las operaciones digitales (cuyo uso se limitaba a la mejora de los productos y servicios de las compañías tecnológicas), se volvieron uno de los principales activos en la economía mundial. Por medio de AdWords y de AdSense, Google pudo extender el modelo más allá de su página de búsqueda y convirtió “toda Internet en un terreno de juego reglamentario para anuncios dirigidos” (Zuboff, 2020, p. 91). Los datos tienen, además, una capacidad fundamental: permiten crear predicciones sobre las conductas. A partir de esta información, se puede deducir o suponer qué anuncio conviene mostrarle a cada usuario y conectar así a los anunciantes con sus potenciales clientes. Por lo tanto, al instituir una *física de los datos*, Google consolidó el modelo de negocios más rentable de la economía digital: conectar automática y eficazmente a anunciantes con usuarios a través del análisis y procesamiento a gran escala de datos. A pesar de ser el modelo que siguen solo las *plataformas publicitarias* (Srnicek, 2018), no la totalidad de las plataformas, para Zuboff se trata de un movimiento que permea cada vez más áreas de la vida social, dando origen a un nuevo tipo de poder al que define como *instrumentario* (2020). Este consiste en la traducción del conocimiento conductual que aquellas corporaciones tienen de sus usuarios, por todos los datos que acumulan sobre estos, en productos predictivos que se comercializan en *mercados de futuros conductuales* (Zuboff, 2020). Al mismo tiempo, supone la implementación de cierta arquitectura ejecutiva que induce unas conductas (por ejemplo, comprar tal o cual producto o consumir en tal o cual comercio) a la vez que desalienta otras.

Como pionera en este terreno, la inmensa infraestructura material de Google, su enorme capacidad computacional con sus sistemas algorítmicos y sus plataformas automatizadas, le han permitido durante años extraer un excedente de múltiples escenarios de actividad *online* y *offline* de los usuarios e integrarlo en estructuras masivas de datos que vuelven posible una predicción con resultados casi garantizados de las necesidades de cada usuario. El *excedente conductual*, como lo llama Zuboff, asegura esta “*especie de amalgama de adivinación y ventas mediada por la informática*” (2020, p. 92). Dado que las corporaciones tecnológicas necesitan extraer y analizar cada vez más datos para seguir siendo competitivas, su modelo de negocios conduce inevitablemente, además de a la creación de monopolios, de economías de escala y efectos de red difíciles de desafiar, a la vigilancia y al control conductual. No hay mejor manera de predecir el futuro con certeza que creándolo, moldeando la conducta de los usuarios para fomentar ciertas acciones y desestimar otras. En efecto, vigilancia y manipulación son las dos caras de una misma lógica: es preciso capturar la atención de cada usuario e incentivar ciertas conductas de consumo e interacción para predecir su comportamiento y para poder ofrecerle exactamente lo que necesita. Quizás no está de más aclarar que la manipulación que aquí se comenta no remite a la “mala intención” de un(os) sujeto(s), sino a la lógica con la que operan las plataformas en función de aquel imperativo económico y técnico de la extracción de datos. Como señala Pablo Manolo Rodríguez, este “constituye la base de un ejercicio de la vigilancia” distribuido, en la medida en que transcurre en las redes y plataformas que usamos en la vida cotidiana, e inmanente porque, como cualquier aspecto de la vida social queda registrado sin esfuerzo alguno por “espialo”, “los sistemas de vigilancia ya no necesitan situarse en un punto trascendente de mira (el ojo de Dios imitado por el panóptico, o la cámara que mira desde arriba una calle en la madrugada)” (2019, p. 358).

El capitalismo arcóntico y los Estados: desplazamiento y disputas

Ahora bien, ¿es una novedad que el poder opera interviniendo en los contextos inmediatos de los sujetos, moldeando sus conductas? ¿No es, acaso, el poder una forma de conducir las conductas, como nos enseñó Michel Foucault (2014)? En todo caso, para asir la novedad que supone esta *gubernamentalidad algorítmica* (Rouvroy & Berns, 2016) es preciso introducir un elemento más: el archivo. La misión de Google, según su propia descripción, es “organizar la información del mundo para que todos puedan acceder a ella y usarla”.³ Google aparece, así, como el guardián de la información mundial o como un archivero universal al que nada puede escapársele. Delimitar el negocio concreto de las corporaciones tecnológicas es siempre una tarea esquivada, dada la expansión de sus operaciones en diversos ámbitos. Pero quizás resulta posible dar una respuesta en relación con Google si se atiende a las palabras de uno de sus fundadores. Consultado por la naturaleza de su negocio, Larry Page respondió: la *información personal*, es decir, todos los datos registrados sobre la vida de cada usuario (Edwards, 2011). El archivo universal del que se presenta como guardián Google es un registro exhaustivo de la experiencia digital de cada usuario de la red global, de sus interacciones y búsquedas, que debe permanecer

³ <https://about.google/intl/es-419/>

accesible desde cualquier punto del planeta. Todos los productos de Google remiten, de una u otra manera, al buscador: desde el paquete de aplicaciones para el trabajo y el correo electrónico, hasta la tienda de aplicaciones y el servicio Maps; desde los autos que se manejan solos hasta el proyecto Google Street View, el registro almacenado de información y la administración de su acceso constituyen las bases de la hegemonía –entendida, como un “encontrarse a la cabeza de los otros” y conducirlos (Foucault, 2014, p. 24)– de Google.

Como sostiene Andrés Maximiliano Tello (2018), la producción de registros sociales no es en sí misma una novedad: está en el ADN de los Estados modernos (o de la “máquina estatal”, siguiendo a Deleuze y Guattari) y de la “máquina capitalista”. De modo que la “máquina social del archivo” es transversal a la producción del cuerpo social y permite entender cómo en cada momento histórico se establecieron jerarquías, patrones, clasificaciones y exclusiones; cómo se organizaron las formas de decir, de ver, de pensar y de sentir en una sociedad dada. Pero lo que aparece con los *arcontes* del siglo XXI, como Larry Page y Serguéi Brin (los fundadores de Google –ahora Alphabet–) es “la instalación silenciosa de una nueva variante del modo de acumulación imperante: el capitalismo arcóntico” (Tello, 2018, p. 251). Hoy no es posible dejar de lado las plataformas, propiedad en su mayoría de las cinco grandes compañías de Estados Unidos (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft), para entender las formas en que se categorizan, organizan y definen las inscripciones sociales. Si antes eran los Estados los que se encargaban de sistematizar y almacenar los registros sobre las poblaciones como soporte de su modo de gobierno, ahora aquellas corporaciones tecnológicas concentran la capacidad para almacenar, administrar y procesar los datos producidos a gran escala y para controlar la superficie social en la que esta forma de poder se despliega (Tello, 2018). Según Tello, lo que evidencia este “nuevo acoplamiento entre archivo y máquina capitalista es, precisamente, esa sintomática astenia de los corpus estatales” (2018, p. 255). Observa, así, un desplazamiento de la administración de los registros y del poder arcóntico desde los Estados hacia los centros de datos y servidores de aquellas firmas. Esto no significa que haya un reemplazo; antes bien, se trata de una superposición de diferentes áreas y niveles en los que operan estas diversas formas de poder, a veces en concordancia y a veces en tensión entre sí.

Uno de los factores que ha potenciado el crecimiento exponencial de estas corporaciones ha sido la inversión extraordinaria en sistemas y redes infraestructurales, dado que la creación de esos megaarchivos exige soportes tecnológicos, financieros, legales, políticos y ecológicos también monumentales. Lejos de la imagen etérea de *la nube*, las tecnologías que utilizamos cotidianamente constituyen un “*mundo lleno de tubos, cables, tierra, agua, arena y centros de datos*” (Zuazo, 2015, p.10). Aquellas firmas han logrado producir ecosistemas de plataformas cerrados en los que controlan el acceso, los términos de intercambio y las interacciones entre sus usuarios porque son propietarias de las infraestructuras por las que circulan y se guardan esos datos. No obstante, es importante subrayar que esto no suprime ni cancela la relevancia de los Estados en el capitalismo actual, ni los relega a un lugar secundario y paradójico, como sostiene Evgeny Morozov (2018), quien observa en las corporaciones tecnológicas el ascenso de una especie de Estado de bienestar paralelo, privatizado y casi invisible, que subvenciona muchas de nuestras actividades diarias para obtener mayores volúmenes de datos. Sin duda, dichas corporaciones han recibido numerosas ayudas estatales y fondos públicos para crear aquellas capacidades computacionales que hoy les

venden a los gobiernos. El crecimiento de Google, por ejemplo, no se explica sin el apoyo a través de contratos y traspaso de tecnologías del Pentágono, la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) de los Estados Unidos, la NASA, la CIA y otros organismos públicos y privados. Asimismo, acuerdos con entidades públicas y con proveedores privados de servicios sociales básicos como la educación y la salud allanaron el camino para su expansión en estas áreas, esquivando los mecanismos de regulación propios de las instituciones tradicionales. Con el traspaso de las actividades a la virtualidad fruto de la pandemia, se ha vuelto evidente hasta qué punto aquellas corporaciones han concentrado las capacidades técnicas que requiere el desarrollo del teletrabajo, la telemedicina, la educación remota, etc. Ahora bien, lo que vemos no es tanto la “obsolescencia programada” del Estado, por emplear un término caro al imaginario informacional, sino una mutación de las formaciones estatales y de las relaciones interestatales.

Más que una escisión entre corporaciones tecnológicas y Estados, o un reemplazo de los segundos por las primeras, lo que vemos es la *coimplicación* entre determinadas formaciones estatales y las grandes firmas que compiten a nivel global. Aunque en sus estructuras legales, en sus arquitecturas financieras y en sus estrategias comerciales aquellas corporaciones sean *transnacionales* –porque reúnen accionistas, adquieren compañías de todo el mundo y en sus redes de poder atraviesan las fronteras nacionales–, su nacionalidad no es insignificante para entender su funcionamiento en la competencia global. Se suele explicar la posición dominante de las GAFAs por los efectos de red, las trayectorias dependientes que caracterizan al proceso de innovación tecnológica y las economías de escala. Pero en esa explicación queda borrado un aspecto crucial: la narrativa histórica más amplia en la que se inscribe el ascenso de estas corporaciones *made in Silicon Valley*. No se trata simplemente de que hayan recibido o hayan usufructuado inversiones y recursos públicos, sino que existe una relación compleja e íntima entre el Estado norteamericano y aquellas, relativamente autónoma de las modificaciones en el gobierno (en la oscilación entre administraciones republicanas y demócratas). Como señala Robert W. McChesney (2013), la historia de Silicon Valley desde la posguerra hasta nuestros días está profundamente vinculada con el aparato militar-industrial norteamericano. Además, asegura que existe una relación de complementariedad entre ambos: si para las agencias de seguridad nacional las ventajas consisten, sobre todo, en conducir actividades de vigilancia a gran escala por fuera del ámbito del control democrático (algo que las revelaciones de Edward Snowden mostraron) y proveer un acceso extraordinario a información que le sería muy difícil al gobierno adquirir por sí mismo, las corporaciones encuentran varios puntos a favor. Desde las ganancias por venderle “servicios inteligentes” al gobierno y la incorporación de las nuevas tecnologías que desarrolla el aparato militar norteamericano hasta la defensa de sus intereses corporativos dentro (a través de lobby, subsidios y la desregulación de sus actividades) y fuera (con la protección de sus activos intangibles con leyes de propiedad intelectual, por caso) de Estados Unidos. En este sentido, Manuel Castells advierte que las empresas estadounidenses históricamente “han seguido las instrucciones de su gobierno, a veces con resistencia, cuando hubo que retener la tecnología o restringir el comercio con países enfrentados con la política exterior estadounidense” (2002, p. 125). ¿Cómo leer, si no, la batalla comercial entre Estados Unidos y China que oponía a Google y Huawei?

Vemos, entonces, que las batallas geopolíticas que se juegan en las “guerras de Internet” (Zuazo, 2015) son imprescindibles para pensar las formas de poder que se despliegan con el ascenso

de las corporaciones tecnológicas. Sobre todo, teniendo en cuenta que su expansión no se explica sin atender al entramado histórico en el que surgen y al modo en que proyectos tecnológicos alternativos fueron desarticulados junto con los gobiernos que los impulsaban en la periferia. Quizás el caso más significativo a este respecto sea el proyecto Synco de Salvador Allende: un innovador sistema informático para el control de la economía nacional en tiempo real, diseñado a pedido del gobierno socialista por el científico británico Stafford Beer (Medina, 2011), que fue destruido luego del golpe de Estado comandado por Augusto Pinochet. Frente a la percepción extendida de que la tecnología y los avances científicos llegan desde fuera a América Latina, a través de la transferencia de infraestructura y conocimiento de Norte a Sur, no es irrelevante preguntarse qué huellas dejaron y qué elementos podemos retomar de esos proyectos políticos que propusieron el uso de tecnologías para alentar cambios estructurales desde una perspectiva emancipatoria.

Consideraciones finales: ¿hacia unas plataformas públicas periféricas?

Pensar a las plataformas a la luz del movimiento histórico del capitalismo, entre novedades y continuidades, nos permite apreciar hasta qué punto estas grandes firmas tecnológicas han asegurado, expandido y explotado su capacidad de apropiación y control de la infraestructura digital de nuestras sociedades. No se trata de monopolios solamente porque transformaron la competencia en una disputa exclusiva entre grandes plataformas sino porque “el acceso a los datos, los efectos de red y las trayectorias dependientes ponen en el camino obstáculos más difíciles de franquear” (Srnicsek, 2018, p. 90). Desafiar su dominancia no implicaría únicamente una inversión de capital extraordinaria y a largo plazo –que algunos Estados, junto con actores privados como capitales de riesgo, empresas e inversionistas, podrían llevar a cabo–; a la vez requeriría desarticular la configuración del ecosistema digital, cada vez más fragmentado (las plataformas invierten en sus propias infraestructuras de red y crean ambientes cerrados entre sus productos y servicios que dificultan la interoperabilidad), privatizado y plegado hacia una lógica de vigilancia y manipulación. El dilema aparece claramente: no podemos prescindir de las plataformas, pero tampoco podemos seguir sosteniendo un modelo de capitalismo donde la riqueza se concentra en poquísimas manos y las infraestructuras, herramientas y servicios básicos para el funcionamiento de nuestras sociedades son propiedad de un grupo reducido y geopolíticamente localizado de corporaciones.

Ante este dilema, la propuesta de desarrollar plataformas públicas (Srnicsek, 2018), bajo la propiedad y el control popular, resulta atractiva puesto que pone al Estado en una posición no simplemente defensiva –de regulación, prohibición y control de las plataformas–, sino también creativa. Según Srnicsek, un proyecto de este tipo implicaría “invertir los enormes recursos del Estado en la tecnología necesaria para apoyar estas plataformas y ofrecerlas como servicios públicos” (2018, p.116). La colectivización de las plataformas, la democratización del acceso y el control público de estas tecnologías son claves para comenzar a delinear otro futuro. Sin embargo, cabe preguntarse cuánto podemos avanzar en esta dirección desde América Latina, habida cuenta de las condiciones institucionales, técnicas, infraestructurales y económicas de la región,

así como de los acuerdos globales, regionales y nacionales que se requerirían para disputar la dominancia de aquellas grandes firmas tecnológicas a largo plazo. Un primer paso es comprender cómo funcionan aquellas plataformas dominantes, qué tipo de infraestructuras –entendidas como ensamblajes tecnológicos, administrativos y financieros (Larkin, 2013)– se requieren para sostenerlas o en qué tipo de arquitectura *tecnopolítica* se montaría; qué formas de racionalidad política se condensan en ellas y cómo contribuyen a fijar patrones culturales, entre otros. Como las plataformas son “infraestructuras digitales que permiten que dos o más grupos interactúen” (Srnicsek, 2018, p.45), cabe preguntarse respecto de qué grupos sociales se constituirían como intermediarias aquellas plataformas públicas. ¿Replicarían el modelo de las plataformas de Silicon Valley de intermediación entre clientes, anunciantes, productores y distribuidores de servicios y productos, o crearían otro modo de interacción entre los diferentes usuarios? ¿A través de qué redes y servidores circularían los datos y dónde se almacenarían? ¿Qué usos darían a los datos generados por los usuarios y quiénes estarían encargados de controlar y regular estos usos? Solamente puedo dejar planteadas estas preguntas y sugerir, por último, que abrir el juego a la posibilidad de otras formas tecnológicas que recuperen los legados, iniciativas y herencias históricas de la región, cuestionando de este modo la “cultura monotecnológica” (Hui, 2020) que las mencionadas corporaciones han contribuido a instalar, requiere situar a las plataformas tecnológicas en el entramado mundial en el que se inscriben y que contribuyen a sostener.

Referencias bibliográficas

- Castells, M. (2001). *La Galaxia Internet*. Barcelona, España: Areté.
- Castells, M. (2002). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. I: La sociedad red*. México, México: Siglo XXI.
- Edwards, D. (2011). *I'm Feeling Lucky. The Confessions of Google Employee Number 59*. Boston, Estados Unidos: Houghton Mifflin Harcourt.
- Foucault, M. (2014). *Del gobierno de los vivos*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Hui, Y. (2020). *Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- Larkin, B. (2013). "The Politics and Poetics of Infrastructure", *Annual Review of Anthropology*, N°42, pp. 327-43.
- Mazzucato, M. (2018). *The Value of Everything. Making and Taking in the Global Economy*. Nueva York, Estados Unidos: Public Affairs.
- Mazzucato, M. (2019). *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*. Barcelona, España: RBA libros.
- McChesney, R. W. (2013). *Digital Disconnect: How Capitalism is Turning the Internet Against Democracy*. Nueva York, Estados Unidos: The New Press.
- Medina, E. (2011). *Cybernetic Revolutionaries. Technology and Politics in Allende's Chile*. Massachusetts, Estados Unidos: MIT Press.
- Morozov, E. (2018). *Capitalismo Big Tech. ¿Welfare o neofeudalismo digital?*. Madrid, España: Enclave de libros.
- Poulantzas, N. (2001). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México, México: Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (2005). *Estado, Poder y Socialismo*. México, México: Siglo XXI.
- Rodríguez, P. M. (2019). *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Buenos Aires, Argentina: Cactus.
- Rouvroy, A. y Berns, T. (2016). "Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación?", *Agenda Filosófica*, N°1, Doble Ciencia Editorial, pp. 88-116.
- Schmidt, E. y Cohen, J. (2013). *The New Digital Age: Reshaping the Future of People, Nations and Business*. Nueva York, Estados Unidos: Alfred A. Knopf.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- Tello, M. A. (2018). *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*. Adrogué, Argentina: La Cebra.
- Wakabayashi, Daisuke; Weise, Karen; Nicas, Jack & Isaac, Mike (29 de octubre, 2020). "Big tech continues its surge ahead of the rest of the economy". *The New York Times*.
- Zuazo, N. (2015). *Las guerras de Internet: Un viaje al centro de la red para entender cómo afecta tu vida*. Buenos Aires, Argentina: Debate.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Barcelona, España: Paidós.